

I. ¿Dónde oímos hablar de Dios? ¿Quién nos prestó su fe mientras Dios la daba a luz en nuestros corazones? ¿Quién nos enseñó que Dios mismo se había dejado sentir entre los hombres para comunicarnos su vida? ¿Quién nos hizo saber que podíamos volver a Él porque la mesa del Señor siempre reserva nuestro puesto?... ¿Acaso no fue la Iglesia? No una estructura distante, no un grupo de directivos de una multinacional religiosa... sino la Iglesia, la fraternidad de tantos hombres y mujeres que se han dejado visitar y se dejan conducir por Dios, en medio de sus trabajos, dificultades y esperanzas. La Iglesia, que se concretó para ti en tu madre, en un catequista, en un cura, en una parroquia...

He aquí el misterio de la Iglesia: una organización humana suscitada y sostenida por el mismo Señor que la hace testigo y transmisora de su presencia salvadora para todos.

II. Éste es el misterio de gracia de la Iglesia: ser en medio del mundo una señal de Dios que ayude a mantener la esperanza a la humanidad (LG 1). La Iglesia aparece así como la comunidad de aquellos que han sentido la invitación personal de Jesús a seguirle, a nutrirse de su vida y de su amor, y a sostenerse mutuamente con la fuerza del Espíritu recibido. De esta manera, la reunión humana se convierte en comunión de los santos, en una participación común en la vida santa de Dios que une por encima de cualquier diferencia y división (las que produce la raza, el dinero, las ideologías e incluso la muerte. Apoc 5, 9-10).

En medio de tantos enfrentamientos Dios abre un espacio para una paz y una convivencia nuevas (1Pe 2, 9-10). Ésta es alimentada y sostenida en la Iglesia no sólo por nuestras fuerzas, sino fundamentalmente por la Palabra, el Cuerpo y el Espíritu de Jesús. Así la Iglesia se hace signo de unidad del género humano (LG 9).

III. La Iglesia aparece en medio del mundo como una asamblea de alabanza y agradecimiento. Aquellos que han descubierto que tienen su origen en el amor de Dios y que este mismo amor es su destino, que sienten que ni siquiera su pecado y sus desgracias pueden separarles de la voluntad de salvación que Dios tiene para ellos y que manifestó en Jesús (Rom 8, 31-39), que sienten que Dios les ha dado un puesto en el mundo y que esto les da dignidad, aunque algunos les expulsan de la vida y no les tengan en cuenta...

Ésta es la Iglesia que cada domingo da gracias a Dios e invita con su alabanza a todos los hombres a no dejarse abrumar y vencer por la desgracia y el mal. La Iglesia de los pobres que ponen su confianza en Dios.

IV. La Iglesia aparece en medio del mundo como la fraternidad de aquellos que dejándose atravesar por los sentimientos de Dios, han aprendido a no apartar su mirada de los necesitados y trabajan para que a todos llegue la vida que necesitan. Esta Iglesia aparece en la entrega y la generosidad de tantos cristianos anónimos, que sostiene a aquellos que no pueden hacerlo. Iglesia profética que con su palabra y sus gestos grita que sólo es digno el hombre cuando no deja que su hermano sea humillado por la pobreza y la miseria.

V. Pero esta Iglesia no es sin nosotros, y carga con el peso de nuestras debilidades y pecados. Ésta es la Iglesia real: cimentada en la santidad de Dios y, por eso, siempre espacio de gracia y bendición, pero construida por operarios diligentes y perezosos, apasionados y, a veces, miserables. Ésta es la Iglesia en la que Dios nos sale al encuentro. Quien buscara una Iglesia sin mancha pronto descubriría que, en esa Iglesia, él mismo no podría estar. Quizá el pecado de la Iglesia pueda manifestar la paciencia de Dios para con nosotros, pueda ser signo de que en medio de nuestras miserias Dios puede manifestarse como desbordamiento de gracia, signo de que el mal nunca tiene poder para matar definitivamente nuestra capacidad de bendecir la vida porque estamos habitados por Dios mismo... ¿Cómo no alegrarse entonces y confiar que este misterio es nuestra gloria?

VI. Dios quiso hacer de la humanidad un solo pueblo de hermanos, y con la Iglesia ofrece un sacramento de esta unidad siempre por acabar. El diálogo en medio de las tensiones y enfrentamientos, junto con la oración, son para la Iglesia el espacio donde Dios mismo dirige nuestras inteligencias y corazones hacia la verdad y la comunión definitiva. Diálogo que supone testimoniar y ofrecer la verdad recibida de Dios y acoger las sugerencias y las críticas que puedan hacer que esta verdad dé a luz toda su vitalidad salvífica.

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

* ¿Cuál crees que es la opinión de la gente que te rodea de la Iglesia? ¿Crees que los comentarios de calle o de los medios de comunicación social reflejan la verdad de la relación de la Iglesia con la gente? ¿En qué si y en qué no?

Medita sobre tu experiencia de Iglesia: Siente que eres miembro del cuerpo eclesial al haber sido bendecido con la fe. Da gracias por lo recibido en ella. Si te centras en sus deficiencias piensa con cuales de las tuyas contribuyes al pecado de la Iglesia.

* ¿Cuáles son los gestos que tú percibes en la Iglesia que sean signo de unidad y paz o que den esperanza y consuelo al mundo?

¿Qué piensas sobre la siguiente afirmación: *“Muchos piensan que la Iglesia debe prestarles algunos servicios religiosos, pero son pocos los que piensan que ellos son la Iglesia para hacer presente el evangelio de Cristo en el mundo”*?

Medita sobre tu sentimiento de pertenencia a la Iglesia a través de estos textos: 1Cor **12**, 1- **14**, 1, Mt **5**, 13-16 y 1Pe **3**, 13-22.

* Comenta y medita estos textos de las plegarias eucarísticas:

→ *“Fortalécenos a cuantos nos disponemos a recibir el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y haz que, unidos al Papa y a nuestro Obispo, seamos uno en la fe y en el amor.*

Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido.

Que tu Iglesia sea un recinto de verdad y de amor, de libertad de Justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperandó” (Pleg. Vb).

→ *“Fortalece a tu Pueblo con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y renuévanos a todos a su imagen. Derrama tu bendición abundante sobre el Papa y sobre nuestro Obispo.*

Que todos los miembros de la Iglesia sepamos discernir los signos de los tiempos y crezcamos en la fidelidad al Evangelio; que nos preocupemos de compartir las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres y así les mostremos el camino de la salvación” (Pleg. Vc).

3. Ésta es nuestra fe: d. Crer en y con la Iglesia.

A ti la gloria, Señor,
y sólo a ti la alabanza por los siglos.
Tú nos has abierto las puertas de tu Reino.
Tú nos elegiste y asociaste al camino de tu Hijo.
Tú nos envuelves con tu Aliento
y siembras en nosotros
las semillas de un futuro nuevo.

Congregados en un cuerpo
no dejamos de cantar tus maravillas.
Reunidos como hermanos
no dejamos de esperar la total fraternidad.
Dispersos por el mundo
no dejamos de anunciar tu amor
en todos los rincones de la tierra.

Nos has dado un hogar y una familia.
Nos haces descansar en torno a ti.
Nos envías como luz frente a toda oscuridad.

Somos, Señor, tu Iglesia peregrina:
titubeante, pero fiada en tu palabra,
débil, pero llena de tu fuerza.
A ti solo la alabanza por los siglos.

(F. García)